

Una ruta hacia la sociología del trabajo. Entrevista con Francisco Zapata*

*Óscar F. Contreras***

LA sociología del trabajo latinoamericana proviene de una tradición intelectual que se ha desarrollado en estrecho contacto con el proceso de industrialización iniciado en los años treinta en diversos países de América Latina. Se le ha vinculado, además, con los procesos de democratización de la sociedad a través de la influencia que el movimiento obrero experimentó como resultado de la notable expansión de los asalariados industriales y de su participación en los procesos políticos del periodo 1930-1970. En tanto que rama especializada de la sociología, la del trabajo se ha nutrido de ambas influencias, aunque sólo recientemente ha empezado a adquirir un perfil académico y profesional bien definido, con hipótesis propias, métodos específicos y grupos de trabajo identificados en torno a la especialidad. En la entrevista que se presenta aquí aparece una visión desde un punto de vista personal, que da cuenta de algunos de los rasgos que asumió la sociología del trabajo y aporta valiosos elementos para reconstruir su trayectoria.¹

Francisco Zapata ha sido profesor de El Colegio de México desde 1974; sin embargo, su vocación académica se ha nutrido de múltiples fuentes y experiencias, tanto profesionales como políticas, que le han llevado a desarrollar una visión muy particular sobre el trabajo y la acción sindical en América Latina. Además de sus trabajos de investigación, a través de su actividad académica y docente ha contribuido a la formación de investigadores y al desarrollo de proyectos de investigación orientados por hipótesis inscritas en la sociología del trabajo. En noviembre de 1993, Francisco Zapata fue electo presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo (ALST), constituida en esa fecha en el marco del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo.

*Francisco Zapata, Director del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo. **Óscar F. Contreras. Investigador del Departamento de Estudios Sociales de El Colegio de la Frontera Norte. Se le puede enviar correspondencia a: Blvd. Abelardo L. Rodríguez 2925, Zona del Río, CP 22320 Tijuana, Baja California, México, Tel.: (661) 33535.

¹ Esta entrevista forma parte del material recopilado y editado por el entrevistador en el marco de un proyecto de investigación sobre el proceso de institucionalización de la sociología del trabajo en México.

ÓSCAR Contreras: Dr. Zapata, quisiera que me hablara un poco sobre su formación como sociólogo, especialmente acerca de las influencias intelectuales y las circunstancias políticas que rodearon su formación.

Francisco Zapata: Estudié sociología en la Universidad Católica de Chile, entre 1963 y 1967; en esa época, las preocupaciones acerca de la relación que había entre el movimiento obrero y el análisis sociológico eran centrales. Entre los estudiantes de sociología habíamos varios, en los primeros dos o tres años de la carrera, que nos dedicamos a estudiar problemas de esa relación, en estrecho contacto con los sindicatos chilenos. Incluso, hicimos una encuesta en 1964 sobre conciencia obrera en Chile;

entrevistamos obreros en varias fábricas de Santiago, tratando precisamente de comprender cómo se relacionaba la acción sindical con el comportamiento político de los trabajadores. Ese era un año de elecciones presidenciales, y fueron muy traumáticas. Fue la primera vez que la izquierda se enfrentó al *establishment* con un resultado muy decoroso; Salvador Allende obtuvo una votación muy alta en esa elección.

En fin, este problema de la relación sindicalismo-política fue mi primer acercamiento a los temas de la sociología del trabajo: la conciencia obrera, los procesos de trabajo, las diferencias sectoriales en términos de conciencia obrera. Hay que recordar que en el caso chileno los mineros, los siderúrgicos, los trabajadores industriales urbanos, tenían diferentes comportamientos políticos, y ese era un fenómeno que tratábamos de explicar con elementos de la sociología del trabajo.

A fines de mis años de licenciatura llegó a Chile el sociólogo francés Alain Touraine. En realidad, Touraine había estado ya en Chile en 1957, haciendo una encuesta cuyos resultados se publicaron en un libro pionero de la sociología del trabajo en América Latina,² y regresó en 1966 a dar unas conferencias para muchos de los estudiantes que estábamos interesados en este tema. Al año siguiente, es decir, en el último año de mi licenciatura, regresó una vez más a Chile para desarrollar un gran proyecto en América Latina, que se llamaba “Adaptación de los trabajadores a la vida industrial y urbana”. En este proyecto trabajé como codificador de los cuestionarios de la encuesta y en el procesamiento inicial de los datos. Puede decirse que a partir de mi participación en este proyecto fue que se definió con mayor claridad mi vocación como sociólogo del trabajo;

a partir de entonces ya no fue solamente una preocupación de estudiante sino que me empecé a comprometer más directamente. En 1968, al año siguiente de haber terminado la carrera, me vinculé con la Comisión Técnica de la Central Única de Trabajadores de Chile, y ahí hice mi tesis de licenciatura sobre el tema de la estructura y la representatividad del sindicalismo chileno. Posteriormente solicité una beca para estudiar el doctorado en Francia, con Alain Touraine, y me fui a fines de 1968. Estuve dos años trabajando la tesis doctoral en París, precisamente en el mismo tema del que te hablaba al principio, es decir, el problema de las relaciones entre sindicalismo y política. Mi tesis doctoral se llamó “La estabilidad política de Chile; algunas hipótesis sobre el papel del movimiento obrero”. Lo que analizaba en mi tesis era la razón por la que el sindicalismo chileno había tenido un

2 Alain Touraine, Torcuato Di Tella, Lucien Brams y Jean Daniel Reynaud, *Sindicato y comunidad: dos tipos de estructura sindical latinoamericana*. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1967.

papel muy funcional al sistema político, es decir, había sido parte de la negociación y no un adversario, un enemigo o un contestatario radical. La hipótesis de mi trabajo se refería al hecho de que el movimiento obrero había ayudado a garantizar las instituciones políticas de Chile, y lo que trataba de demostrar era cómo el conflicto sindical tenía una gran relación con la capacidad del sistema político para procesar esas reivindicaciones, esos conflictos, y responder políticamente a las demandas económicas de los trabajadores, esencialmente a través de la participación política; los sindicatos chilenos estaban muy metidos en la dinámica política.

Terminé mi tesis en junio de 1970. A fines de ese año, la izquierda ganó las elecciones presidenciales, con Salvador Allende. Yo regresé a Chile a principios de 1971, y enfrenté una experiencia que para mí fue fundamental: fui invitado a trabajar en el Departamento de Relaciones Industriales de la Compañía de Cobre Chuquicamata (COBRECHUQUI), empresa que manejaba un yacimiento de cobre muy grande en el norte de Chile y que producía en esa época 350 mil toneladas de cobre fino, con una mano de obra equivalente a unos 10 mil trabajadores. Esta era una empresa que pertenecía a la Anaconda Copper Company (por cierto, Chuquicamata era similar, aunque a una escala más grande, a la Minera de Cananea; además ambas pertenecían a la misma empresa).

En julio de 1971, el gobierno del presidente Allende nacionalizó el cobre y muchos de los cuadros profesionales de las empresas cupríferas se fueron a Estados Unidos; en ese contexto me fui a trabajar al norte de Chile, como parte de la Central Única de Trabajadores y con la misión de poner en marcha un programa de lo que se llamaba “la participación de los trabajadores en la administración de las empresas estatales”. La idea en este caso era crear una instancia de negociación, fuera del ámbito sindical, en donde hubiera una representación de los trabajadores para discutir los problemas no laborales. Así que me involucré en ese proceso de elección de representantes, y en la creación de esa estructura de representación en la empresa. Desde el principio esto fue muy difícil, porque los sindicatos se opusieron frontalmente a esa línea de participación obrera, con la idea de que eso podía comprometer al sindicalismo en la estrategia estatal. Vale la pena comentar que los trabajadores del cobre no conformaban un sector que estuviera muy entusiasmado con la elección de Allende. Había una distancia muy grande, porque los trabajadores del cobre temían perder algunas de sus conquistas sindicales a partir del proceso de nacionalización. Eso no ocurrió, pero sí hubo este tipo de iniciativas para cambiar el eje de la representación desde el sindicalismo a la participación de los trabajadores.

Por razones muy circunstanciales, esta primera experiencia en Chuquicamata se transformó para mí en algo distinto a fines de 1971, ya que pasé a formar parte de la empresa. Un entrañable amigo mío, David Silberman, fue nombrado gerente general de la empresa. Entonces él me pidió que trabajáramos en las relaciones laborales; yo me quedé, y desarrollamos ahí una experiencia muy interesante que duró dos años, es decir, desde fines de 1971 hasta el golpe de Estado. Lo que hicimos fue desarrollar una estrategia laboral que hoy día tiene mucha actualidad, porque fue precisamente la puesta en marcha de un acuerdo para el aumento de la productividad. Empezamos por hacer un análisis de la empresa, sección por sección, con economistas, ingenieros industriales, varios especialistas que se dedicaron a estudiar cómo se podían desarrollar programas de

incentivos a nivel seccional. Para ello se requirió de una amplia discusión de las estadísticas de producción, estadísticas sociales, procesos de trabajo, buscando estructurar un programa que tuviera sentido para los trabajadores. Una vez elaborados estos programas, hicimos una negociación con delegados elegidos por los trabajadores de cada sección. Esto se convirtió, a principios de 1973, en un plan a nivel de toda la empresa que establecía incentivos seccionales e incentivos ligados a la productividad global de la empresa, todo ello basado en un análisis muy técnico sobre la medición de la productividad a partir de los trabajos específicos que se realizaban en las distintas secciones de la empresa. Aunque para entonces estábamos ya en la antesala del golpe, este proyecto funcionó con bastante éxito. Los militares incluso lo retomaron como un punto de partida para la política de remodelación de la empresa, y hasta el día de hoy sigue funcionando. La estructura del plan de salarios funcionó muy bien, y además redundó en un aumento de producción impresionante; la mina producía 350 mil toneladas de cobre fino al año en 1971, mientras que hoy día está produciendo aproximadamente 490 mil toneladas.

A grandes rasgos, ese es mi proceso formativo hasta el momento en que por primera vez tuve oportunidad de poner en práctica mis conocimientos profesionales. Después está el interregno entre el golpe de Estado y mi llegada a México, que fueron aproximadamente seis meses, en los cuales empecé a involucrarme en otra línea de trabajo, esencialmente orientada al proyecto que me encargó Rodolfo Stavenhagen en 1974. Se trataba de estudiar lo que se estaba construyendo en la desembocadura del río Balsas, lo que fue el proyecto industrial-urbano Lázaro Cárdenas Las Truchas.

O.C.: Ha mencionado usted la influencia, al parecer decisiva, del trabajo de Alain Touraine en su formación. ¿Podría abundar un poco más acerca del sentido de esa influencia? Por otra parte, ¿cuál es el contexto intelectual en el que se enmarca?

F.Z.: Bueno, es que Touraine tenía una hipótesis respecto a la relación entre la acción obrera y la acción política. Recordemos que el primer libro teórico de Touraine es *La sociología de la acción*, que se publicó en 1964. Fue un libro que todos leímos precisamente porque nos permitía racionalizar las ideas que nosotros estábamos manejando muy empíricamente, en especial sobre la relación entre la organización del proceso de trabajo y las expresiones políticas derivadas de esa organización técnica y social del trabajo. Evidentemente esta influencia no es estrictamente teórica, sustantiva, sino que tiene también un fuerte componente ideológico. Es decir, la preocupación por estas cosas, en ese momento de la trayectoria política de Chile, tenía un contenido directamente ideológico, no era un problema académico que nosotros analizáramos por el puro interés del conocimiento, sino que era más bien una postura teórica que nos permitía sacar conclusiones muy directas a nivel político.

Todo esto me sirvió mucho posteriormente, y se refleja en un trabajo que publiqué en México (mi primer trabajo publicado en El Colegio de México), que fue un cuaderno del CES que tiene por título *Los mineros de Chuquicamata: ¿productores o proletarios?* Ahí abordaba precisamente ese problema de la relación entre el proceso de trabajo, la acción sindical y sus repercusiones políticas. Lo que descubrí en Chuquicamata fue que había un área de la conciencia obrera que tenía que ver exclusivamente con problemas profesionales de calificación, de defensa del oficio, de la dignidad profesional de los trabajadores, y que las consecuencias políticas de esto eran muy instrumentales. Encontré

que los trabajadores no funcionaban como lo suponen algunas interpretaciones marxistas, es decir, desarrollando una conciencia política directamente vinculada con su ubicación en el proceso productivo. Durante las negociaciones sobre los incentivos, por ejemplo, tuve largas e interesantísimas conversaciones con los trabajadores, en las cuales pude apreciar cómo ellos percibían su relación con el proceso de trabajo y cómo los problemas del esfuerzo, de la dedicación, del involucramiento en el proceso productivo eran para ellos mucho más importantes que el dinero; por eso, era tan complicado diseñar un sistema de remuneraciones que tuviera significado para este tipo de trabajadores. Hay que recordar que este colectivo tenía una larga historia: la mina había empezado a funcionar en 1915 y desde entonces habían pasado varias generaciones de mineros, en un proceso de reproducción sistemático de esta fuerza de trabajo que ya tenía toda una serie de tradiciones y puntos de vista muy sólidos; por ejemplo, sobre su manera de relacionarse con los norteamericanos, con los chilenos, con los militares, en el marco de una cultura sindical y política muy refinada. Para mí esta experiencia significó una verdadera desmitificación del discurso proletario de la izquierda chilena, que en ese entonces, como hoy en día, sostenía interpretaciones muy erróneas sobre la clase obrera y los sindicatos, basadas precisamente en la supuesta relación entre el proceso de trabajo y la acción obrera.

Por otra parte, en esa época en Chile había una cultura intelectual muy ligada a la izquierda, es decir una literatura, una cultura musical, una serie de expresiones culturales que para nosotros, jóvenes de 20 años, significaban un ambiente cultural e intelectual que nos vinculaba con las tradiciones y las luchas obreras; de ahí también nuestro interés en la recuperación de la herencia histórica de los trabajadores del norte de Chile, es decir la lucha de los salitreros en el desierto de Atacama. En los años setenta el salitre ya no era una actividad muy importante, no tenía una clase obrera muy fuerte, pero las tradiciones de lucha de los salitreros se habían trasladado a los mineros del cobre, que están en el mismo territorio aunque en una zona más cercana a la cordillera.

En fin, cuando llegué a Francia fui sometido a otras influencias, pero todas ellas directa o indirectamente ligadas a Touraine. En esa época, Touraine tenía un laboratorio de sociología industrial en París, y mucha gente trabajaba sobre temas similares a los que nos habían ocupado en Chile, claro que en el contexto francés, en el contexto de lo que había sido la crisis de 1968. Con esta diferencia de contextos, de hecho, los problemas analíticos eran muy similares; por ejemplo, el tema de la relación tecnología proceso de trabajo-conciencia obrera estaba muy elaborado.

Desde luego, la revista. Sociologie du Travail fue para nosotros un gran descubrimiento. Esta revista había empezado a publicarse en 1959 y era un espacio interesantísimo donde se daban estas discusiones y donde publicaban algunos autores latinoamericanos. Ahí fue donde leí por primera vez a Gino Germani, a Fernando Henrique Cardoso, a Torcuato Di Tella, autores que habían estado ligados a esta temática en otros países.

O.C.: Ahora que menciona a estos autores, ¿cómo definiría su relación intelectual con las teorías de la modernización y de la dependencia?

F.Z.: La influencia de la teoría de la modernización fue muy escasa, y en todo caso se trató de una influencia “a contracorriente”, ya que nosotros sometimos ese esquema a una severa crítica, en el marco de nuestras preocupaciones políticas del momento. De

delta manera, la izquierda chilena actuó por muchos años, implícitamente, con los postulados de la teoría de la dependencia; así que cuando se publicaron sus textos iniciales —recuerdo muy bien que en 1967 circuló la primera versión del libro de Cardoso y Faletto— eso fue una especie de racionalización, una explicitación de lo que la izquierda chilena había dicho por mucho tiempo. Por ejemplo, había algunos intelectuales chilenos, como Julio César Jobet o Aníbal Pinto Santacruz, esencialmente ellos dos, que habían desarrollado interpretaciones sobre la realidad chilena muy cercanas a lo que después sería la teoría de la dependencia. Pinto Santacruz estuvo vinculado con la cepal; sin embargo, escribió un libro titulado Chile: un caso de desarrollo frustrado, donde manejaba la hipótesis de que el desarrollo chileno se había distorsionado fuertemente por su inserción tan directa al mercado internacional, primero por la economía salitrera y después por la economía del cobre.

Este era, pues, nuestro punto de partida: una crítica al desarrollismo, a las concepciones modernizadoras, a la creencia de que bastaba con que la gente supiera leer, escribir, tuviera trabajo, para que automáticamente mejorara sus condiciones de vida. La historia del desarrollo económico de Chile era una evidencia en contra de esas tesis. Chile había tenido tasas de crecimiento muy altas, pero dentro de un modelo de desarrollo muy enclavizado, muy polarizado. Así que cuando aparece el texto de Cardoso y Faletto en 1967, y la edición final en 1969, sus ideas vinieron a confirmar la idea de que la relación con el mercado internacional había sido nefasta para el desarrollo de Chile.

Ahí estaban, de alguna manera, las bases de la política económica del gobierno de Allende, que fue una política de nacionalización del cobre. Esta decisión tuvo muchas repercusiones, ya que implicaba enfrentar a dos grandes empresas: la Anaconda Copper Company y la Kennecott Company, las cuales reaccionaron de una forma muy violenta; por ejemplo, embargaron las bodegas del cobre chileno en Francia y Alemania, sometiendo al país a una situación crítica entre julio de 1971 y julio de 1972, situación que además se fue agudizando progresivamente, porque al poco tiempo las empresas que proveían neumáticos, motores, toda clase de maquinaria para las minas, empezaron a negarse a exportar a Chile. Entonces se tuvo que acudir al mercado negro internacional, a través de subsidiarias australianas y sudafricanas... todo un lío para mantener al país funcionando. Esto se combinó, como es bien sabido, con la reacción del gobierno de Nixon y de su ministro de Relaciones Exteriores, Henry Kissinger, al proceso chileno:

aislar a Chile, agudizar las contradicciones internas, financiar a sectores dispuestos a confrontar sistemática y permanentemente al gobierno de Allende, etcétera.

En resumen, nosotros fuimos dependencistas no porque estuviéramos previamente armados de una teoría, sino porque estas cosas las podíamos leer en los periódicos todos los días; cualquier ciudadano chileno medianamente informado se podía dar cuenta de los problemas de la dependencia y de sus consecuencias para nuestro país. En todo caso, los análisis dependencistas de teóricos como Teotonio Do Santos y Ruy Mauro Marini, que estaban en Chile en esa época, reforzaron y sistematizaron una interpretación que de alguna manera estaba en el centro de la reflexión política del momento. Por eso mismo, la crítica de la teoría de la dependencia en términos puramente teóricos es un tanto artificial.

Ahora bien, lo cierto es que la teoría de la dependencia tiene un problema con la conceptualización de los procesos internos de las sociedades nacionales; hay que admitir esa limitación teórica, que además tuvo también consecuencias políticas: nosotros, dependentistas prácticos, no analizamos adecuadamente los factores internos que propiciaron el golpe. En nuestra interpretación, todo había sido producto de la manipulación externa del ejército, de las fuerzas políticas, de los sectores empresariales... incluso de la corrupción del aparato sindical. De manera que la introducción de las variables internas, del conflicto interno, fue producto de la reflexión posterior al golpe. Sólo entonces empezamos a ver en perspectiva cómo se había tejido esta madeja, que resultó en la liquidación del proyecto socialista chileno; como suele ocurrir en estos casos, fue después de la catástrofe cuando pudimos analizar lo que había ocurrido.

O.C.: En el trabajo que usted ha desarrollado en México hay una clara continuidad respecto de sus principales preocupaciones intelectuales y políticas. ¿Cómo fue su llegada a México; qué ambiente encontró y cómo influyó en su trabajo posterior?

F.Z.: Cuando estuve en Francia conocí a Rodolfo Stavenhagen, que entonces trabajaba en Ginebra para un instituto de la OIT, y de hecho su amistad fue fundamental para mi posterior traslado a México. Por una de esas afortunadas casualidades del destino, cuando en diciembre de 1973 le llamé por teléfono preocupadísimo por la situación que vivíamos en Chile, Rodolfo estaba trabajando en la creación del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Bueno, pues él me invitó a trabajar en el CES, y a mí se me abrió una perspectiva muy estimulante.

Llegué a México en febrero de 1974, cuando el CES estaba en la colonia Roma, en la calle de Zacatecas. Empecé a trabajar en la investigación que me encomendó Stavenhagen, sobre el proyecto Lázaro Cárdenas Las Truchas, con una gran motivación por integrarme al CES y a México. Encontré por lo menos una similitud con mi trabajo anterior:

Chuquicamata estaba a dos mil kilómetros de Santiago y Lázaro Cárdenas a 800 kilómetros de la capital.

En marzo de 1974 hice mi primer viaje a la desembocadura del río Balsas, a lo que en ese tiempo era un pueblo muy pequeño, poblado de *bulldozers* tirando palmeras y haciendo la primera nivelación del terreno para construir la planta siderúrgica. En los pueblitos de la desembocadura del Balsas —La Unión, Petacalco, Arteaga— empecé a conversar con gente ligada al aparato sindical de lo que sena la sección 271 del Sindicato Minero Metalúrgico. Fueron especialmente interesantes las conversaciones con Rafael Melgoza, un personaje que fue muy importante en el sindicato, ya que fue uno de los creadores de la sección 271 y después su secretario general. Por cierto, después fue diputado estatal en el congreso de Michoacán, luego trabajó con Cuauhtémoc Cárdenas, cuando éste fue funcionario del gobierno federal y durante su gestión como gobernador de Michoacán; actualmente es diputado federal por el PRD. Pero en esa época enfrentaba una tarea singular: tenía que armar un sindicato en un lugar donde no había obreros, hizo una sección del sindicato de mineros con gente que trabajaba en la construcción de la planta. De 1974 a 1982, durante ocho años, mantuve esta relación; es decir, todo el Tiempo en que trabajamos en este proyecto.

El desarrollo de Lázaro Cárdenas Las Truchas tenía vertientes muy atractivas; teníamos un caso experimental en el que se partía de cero para levantar un enorme centro industrial,

un polo siderúrgico, que tenía repercusiones urbanas, sociales, políticas, organizacionales. De hecho, surgieron estudios muy interesantes como resultado de nuestro trabajo en Las Truchas: el libro *Las Truchas: acero y sociedad*, que yo compilé en 1978; el libro de Rainer Godau, *Estado y acero. Historia política de Las Truchas*, de 1980; el libro de Ilan Bizberg, *La acción obrera en Las Truchas*, de 1982, y el libro de Nelson Minello, *Siderúrgica Lázaro Cárdenas. Historia de una empresa*. Se publicaron esos cuatro libros y una cantidad considerable de artículos; todos ellos con una perspectiva analítica que intentaba articular los fenómenos sectoriales con la dimensión regional.

También debo mencionar algo que ocurrió muy pronto a mi llegada a México, que fue mi vinculación con un grupo de antropólogos de lo que en esa época era el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), que dirigía el doctor Ángel Palerm. Estaban entonces ubicados en la vieja Casa Chata, en Tlalpan. Ahí trabajaba Victoria Novelo, junto con un grupo de investigadores muy jóvenes que estaban desarrollando estudios verdaderamente pioneros en antropología del trabajo.

A principios de 1975, Victoria me invitó a dar unas conferencias sobre el tema de los enclaves y los polos de desarrollo. Porque debo decir que la perspectiva teórica con la que yo había empezado a abordar el problema de Las Truchas era la de los enclaves; es decir, yo venía con la idea de Chuquicamata, del enclave cuprífero. Pero pronto empecé a darme cuenta de los impactos regionales de Lázaro Cárdenas, de que el proyecto Las Truchas no era exactamente la implantación de un enclave, era otra cosa. Fue entonces cuando empecé a escribir sobre el tema de la relación entre enclaves y polos de desarrollo, realizando muchas lecturas sobre otras experiencias similares en América Latina, como los polos de desarrollo en Venezuela, en Colombia, en otros países, lo cual me llevó a ubicar la cuestión de la minería en un plano más general. Además, este era un tema muy importante de la época; Victoria Novelo estaba trabajando en un estudio muy interesante sobre Ciudad Sahagún, junto con el antropólogo Augusto Arteaga. Me parece que en 1979 fue cuando se publicó el resultado de este trabajo, en un libro que hizo escuela: *La industria en los Magueyales*, que es la historia del proyecto Sahagún, la planta de motores, la planta de carros de ferrocarril. De manera que así fue como yo conocí a los antropólogos del trabajo mexicanos.

Después Victoria inició un proyecto sobre el sector minero mexicano, y ahí aparecieron otras figuras importantes. Me refiero especialmente a Juan Luis Sariago, que empezó a trabajar sobre los archivos de la Compañía Real del Monte, en Pachuca, después en Cananea y en las minas de carbón en Coahuila. Sariago y su grupo hicieron una serie de trabajos muy buenos, analizando la cultura obrera minera en el norte de México desde un punto de vista antropológico, trabajos muy serios y estimulantes. Como yo seguía muy interesado en todo lo que tiene que ver con la minería, mi vinculación con este grupo resultó muy provechosa.

De esta relación surgió posteriormente otro proyecto, con sede en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), lo que antes fuera el CISINAH, que fue el proyecto sobre la industria zapatera en León, Guanajuato. Con este proyecto tuve contacto con una industria manufacturera muy peculiar, que contaba con un grupo de trabajadores que tenía una elevada conciencia obrera y a la vez era extremadamente reaccionario.

Todas estas experiencias, todos estos trabajos fueron dando cuerpo a un seminario que se realizaba en el CIESAS y que duró hasta los años ochenta. Ahí discutimos las experiencias del desierto de Atacama, Sonora, Coahuila, Ciudad Sahagún, los zapateros de León, lo que empezaba a salir del proyecto Las Truchas..., una gran cantidad de material de discusión que dio lugar también a muchísimas publicaciones.

Me interesa destacar mi vinculación con este grupo, porque me permitió tener un lugar de referencia que no existía en El Colegio de México, donde la investigación social se orientaba principalmente a las cuestiones agrarias, de la educación, de las organizaciones. Aunque en sentido estricto, la sociología en las organizaciones en el CES se desarrolló a partir del proyecto Las Truchas, en especial a partir de la tesis de maestría que preparó Federico Gama, quien analizó el desarrollo de Las Truchas con instrumentos analíticos provenientes de esa disciplina.

Por supuesto, dentro del CES había una fuente de reflexión muy importante sobre la fuerza de trabajo, que era el proyecto de Orlandina de Oliveira y Claudio Stern acerca de la migración a la dudad de México. Este proyecto iluminaba muchos aspectos sobre los procesos formativos de la fuerza de trabajo y para el grupo de Las Truchas resultaba muy útil para analizar la constitución del mercado de trabajo.

O.C.: Ha mencionado a Rainer Godau y a Federico Gama, que fueron estudiantes suyos en el CES. ¿De qué manera ha influido su actividad como profesor en la formación de sociólogos del trabajo?

F.Z.: Rainer Godau fue el primer estudiante que se interesó en el proyecto Las Truchas, siendo estudiante de la primera promoción del CES. Yo dirigí la tesis de Rainer aunque no desde un enfoque de sociología del trabajo, sino más bien de sociología política. Quien sí se involucró en el proyecto desde la perspectiva del trabajo fue Ilán Bizberg, quien hizo su tesis de maestría en ciencia política precisamente sobre el tema de la relación entre el proceso de trabajo, la conciencia obrera y el conflicto sindical. Trabajamos tres años en este proyecto, que se convirtió en el libro *La acción obrera en Las Truchas*, publicado en 1982 por El Colegio de México. Esos fueron los primeros trabajos que dirigí, en las primeras promociones del doctorado del CES y de maestría en política del CEI. Más tarde, Bizberg haría su tesis de doctorado con Alain Touraine siguiendo así la tradición de muchos estudiantes latinoamericanos y mexicanos que hicieron el peregrinaje a París a profundizar sus estudios, entre los cuales vale la pena recordar a Carlos Martínez Assad, Raúl Fernández, María Luisa Tarrés, Sergio Zermeño, Manuel Antonio Garretón, entre muchos otros.

Luego tuve otra experiencia muy importante ligada a mi primer año sabático. En 1983-1984 estuve un año en Francia trabajando de nuevo con Touraine en su seminario, lo cual me permitió vincularme con otras temáticas, fundamentalmente el estudio de las implicaciones de la crisis económica en los aparatos productivos, y en los nuevos conceptos de análisis de los movimientos sociales centrados en la aplicación del método de la intervención sociológica. También tuve contacto con el Groupe de Sociologie du Travail, que dirigía Claude Durand, que me sirvió como centro de adscripción para la realización de un estudio comparativo entre la siderurgia francesa y la mexicana, el cual se publicó en un cuaderno del CES titulado *La política siderúrgica en Francia y en México. Los casos de FossurMer y Las Truchas*, que vio la luz en 1986.

Ahí pude entrar en el detalle de dos proyectos de desarrollo, contemporáneos en su realización y situados en dos contextos sociopolíticos muy diferentes pero a la vez parte de sistemas de toma de decisión muy centralizados como son los de México y Francia. El enfoque comparativo demostró claramente la importancia que tiene el Estado nacional en la adopción de ciertas decisiones económicas sectoriales como es el caso de la siderurgia, y en ese sentido el proyecto Lázaro Cárdenas Las Truchas no era tan ajeno al de FossurMer.

A mi regreso, a partir de la generación 8588 del CES, impartí por primera vez el seminario sobre “procesos de trabajo, conciencia obrera y conflicto sindical”. En tomo a este seminario, en la generación de 1985 y después en la de 8891, hubo un grupo de estudiantes más claramente orientados a la sociología del trabajo. Como recordarás, la organización intelectual del seminario buscaba abordar el conflicto sindical a partir de la sociología del trabajo, y éste fue un ejercicio muy interesante porque se trataba de vincular muchos de los temas de la sociología del trabajo “pura” con sus repercusiones en términos de acción obrera. El grupo de ustedes, con Cirila Quintero, Jorge Nieto, Maru de la O, todos estaban trabajando en esta línea, y después han seguido desarrollándola, aunque con una preocupación menos directamente ligada al conflicto (a pesar de que Cirila Quintero en su tesis doctoral de 1992 intentó con éxito contrastar las formas de acción sindical en Tijuana y Matamoros). De hecho esto es un reflejo del desarrollo de la disciplina en México. Tú puedes dar cuenta de que en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo³ se vio claramente la diferencia entre el trabajo que se hace en México y el que se hace en otros países. Los problemas de la organización del trabajo, las nuevas tecnologías, la capacitación, todos estos son temas focales en la sociología del trabajo mexicana. En cambio, los colegas argentinos, los chilenos, los brasileños, siguen muy preocupados por la relación entre el proceso de trabajo y la acción sindical. Indudablemente, el contexto político y económico en el que se desarrolla la disciplina influye en su orientación.

También es importante mencionar que uno de los alumnos de la primera generación del CES fue Enrique de la Garza, que después ha hecho aportaciones valiosas a la sociología del trabajo, aunque en su época de estudiante tenía preocupaciones fundamentalmente teóricas; él se dedicó a estudiar teoría sociológica, marxismo, epistemología, y para su tesis doctoral realizó un trabajo sobre el régimen político mexicano, desde un enfoque marxista. Pero aunque el vínculo de Enrique con la sociología del trabajo haya sido posterior a su paso por el CES, su contribución ha sido muy importante. Además, el trabajo que está realizando junto con el grupo de la UAM, el grupo de la maestría en sociología del trabajo, es muy interesante porque está desarrollando un enfoque de los problemas del trabajo similar al de los argentinos y los brasileños, es decir están planteándose la relación entre la organización de la producción y el conflicto social. En esta línea se pueden ubicar los trabajos de Javier Melgoza, Fernando Herrera, Arnulfo Arteaga, Jorge Sandoval, Horacio Vázquez, de todos los colegas que están o estuvieron trabajando con el grupo de Enrique.

3 Realizado en noviembre de 1993, en la ciudad de México.

O.C.: Al parecer, la sociología del trabajo mexicana se encuentra en proceso de consolidación, de maduración. Ahora hay varios grupos de sociólogos del trabajo en diferentes partes del país, como el grupo de Enrique de la Garza en la UAM, el grupo de El Colegio de la Frontera, el grupo de El Colegio de Sonora/Universidad de Sonora y varios más. En la formación de algunos de estos grupos el CES ha sido una influencia importante, ya sea directa o indirectamente. En esta fase de la sociología del trabajo, ¿cuál será el papel del CES?

F.Z.: La sociología del trabajo y otras temáticas como la educación, la organización, las clases sociales, han quedado rezagadas frente a la presencia de los estudios sobre los mercados de trabajo y la migración, por citar dos de los temas que han adquirido mayor fuerza. Esto se explica por varias razones, entre ellas la influencia que han ejercido los directivos del Centro en la orientación de las investigaciones, pero también el hecho de que el Centro de Estudios Sociológicos es un centro pequeño, lo cual limita la posibilidad de formar grupos de trabajo. En el CES somos dieciséis investigadores, con seis o siete temáticas diferentes.

Por eso es muy importante la referencia que haces a los otros grupos. Para mí estos grupos se han convertido en espacios de diálogo, de reflexión, y de hecho se ha generado una red de investigadores que abarca a colegas de muy diversas instituciones. Por ejemplo, ahora estamos por iniciar un proyecto bastante importante sobre la relación entre la flexibilización del trabajo y la productividad laboral, y se ha constituido un equipo donde hay investigadores de los centros que has mencionado. Así, a través de las investigaciones colectivas se va fortaleciendo esta red.

Por otra parte, si bien en las promociones más recientes del CES no ha habido muchos estudiantes interesados en los problemas del trabajo, están los grupos de estudiantes de las maestrías de la UAM, de la FLACSO, de El Colegio de la Frontera, donde hay muchos jóvenes estudiantes interesados en la sociología del trabajo, con un gran entusiasmo y talento. Entonces esta es otra forma de intervenir directamente en este esfuerzo por el desarrollo de la disciplina. Y esto me lleva a una observación de carácter sociológico, sobre la influencia de los líderes intelectuales en la formación de los grupos y en la orientación de los trabajos. Si te fijas, en su momento la presencia de Ángel Palerm fue decisiva para la formación del grupo del CIESAS, y en la UAM la figura de Enrique de la Garza ha sido clave para el desarrollo de la sociología del trabajo; lo mismo puede decirse de Graciela Bensunsan en la FLACSO.

O.C.: Claro, es muy importante la influencia de los liderazgos intelectuales. Pero quizá haya también otros factores, tal vez del contexto social, o bien de tipo motivacional o ideológico, que influyen en el interés por dedicarse al estudio de los problemas del trabajo. Considerando a los grupos que Ud. ha mencionado y a los jóvenes estudiantes que inician su especialización ¿cree que hay algún elemento en común que pueda explicar este interés?

F.Z.: Esta es una pregunta difícil de contestar. Ahora que estabas formulando la pregunta empecé a tratar de articular una explicación. En este momento, en el México de los 90, ¿cuál será el denominador común de los jóvenes que se interesan por la sociología del trabajo?

En el fondo, hasta donde yo he podido captar, creo que hay una motivación que no es ajena a la que tuvimos nosotros, es decir, Enrique, Graciela, yo mismo, en nuestros periodos de formación; era una motivación con un alto componente político, nos interesaban los problemas del trabajo por las repercusiones que esto tenía en la acción política. Bueno, pues creo que algo hay de esto ahora, pero es bastante más complejo. Yo no he encontrado nunca un estudiante de sociología del trabajo que se interese solamente en los aspectos técnicos del trabajo, siempre hay una preocupación más allá de eso, algo que podríamos definir muy ampliamente como un compromiso, aunque este no sea con una ideología específica o con la participación política directa.

Por ejemplo, leí hace poco el libro que hicieron ustedes sobre Cananea, o el trabajo de Javier Melgoza sobre el Sindicato Mexicano de Electricistas. En estos textos uno puede encontrar esa preocupación, ese compromiso que va más allá del interés puramente académico. La relación que ha establecido Jorge Sandoval con el Sindicato de Telefonistas, en la que el vínculo es mucho más estrecho del que tuvimos en la década de los setenta, revela que por el lado del liderazgo sindical hay menos suspicacia respecto de lo que buscamos los investigadores. Lo mismo ocurre con la creación del Instituto de Estudios Sindicales de América (IESA), auspiciado por el SNTE, que desde hace tres o cuatro años está realizando convocatorias continentales al sindicalismo latinoamericano y al mismo tiempo busca pensar y reflexionar acerca de su acción. Incluso, en el Centro de Estudios Sindicales de la CTM corren nuevos vientos que fomentan el contacto entre sindicalistas y académicos interesados en buscar formas de superar los problemas que enfrenta el sindicalismo en la actualidad.

O.C.: Hace un año, en una conferencia sobre el futuro del sindicalismo que usted presentó en Hermosillo, se refirió a dos cuestiones que me parecen cruciales para el tema que estamos tratando y que son una constante en su obra, específicamente en sus escritos de sociología del trabajo. Una de ellas, de carácter político-ideológico, ha estado presente a lo largo de esta conversación y es la que se refiere a la organización del trabajo y sus consecuencias para la acción política. La otra es más sutil y tiene connotaciones de carácter ético: se refiere a algo que podríamos denominar “la dignidad del trabajo”, la valoración del trabajo como el ámbito central de la realización humana y como el espado articulador de las practicas sociales en sentido más amplio, es decir, prácticas culturales, políticas, ideológicas (el sindicalismo, según entiendo, sería uno de esos fenómenos articuladores). En particular, parece usted asignar una valoración especial al trabajo productivo.

Quisiera terminar esta plática con dos preguntas más. En primer lugar, aunque pudiera ser un fenómeno pasajero, ahora hay muchas evidencias sobre la pérdida de centralidad del trabajo en la vida social, el declive de la centralidad política de los sindicatos, la desvinculación entre el sindicalismo y los grandes proyectos político-ideológicos, etcétera. ¿Cómo conciliar estas evidencias con su postura sobre la centralidad del trabajo? Y por otra parte, ¿cuál es la tarea de la sociología del trabajo en este contexto?

F.Z.: Me parece que si partimos de la premisa de que estamos viviendo una transición entre una sociedad vinculada a la producción y una sociedad vinculada al conocimiento, la cuestión de la definición de lo que será el *trabajo* en el futuro es muy problemática. En todo caso, no será lo que ha sido para mucha gente hasta ahora a pesar de que en la región del mundo en dónde nos ha tocado vivir gran parte de la población va a seguir

por muchos años utilizando la fuerza física para ganarse el sustento. Síntomas de esa nueva situación aparecen incluso en estas latitudes. Y ello plantea el segundo elemento de tu comentario, la cuestión de lo que yo aprendí de los mineros de Chuquicamata: eso de la dignidad que se deriva del trabajo, del orgullo de la tarea bien hecha, del esfuerzo productivo eficiente, de la elegancia con la que se cumplen determinadas operaciones (como frecuentemente ocurre por ejemplo con la forma en que un piloto aterriza su avión o con la destreza con la que una obrera de la maquila es capaz de incrementar su rendimiento sin bajar la calidad). Todo esto tiene un impacto psicológico que genera lo que en una época era atributo del obrero calificado, el que a partir de esa conciencia buscaba hacerse sentir en el proceso de toma de decisiones. Como todos sabemos fue de ahí que surgió el fenómeno sindical, anclado en los obreros calificados de la mecánica, de la electricidad, de los ferrocarriles, de la producción de piezas torneadas. Esas son las dimensiones que generan la cultura obrera, que otras categorías sociales no comparten. Es la cultura del “productor”, más que del “consumidor” y menos todavía que la del “proletario”. En esa secuencia, que han estudiado historiadores como Thomson y Hobsbawm, aparece la imagen de la que a mí me cuesta mucho deshacerme, que es la de que la producción es el lugar en donde esa conciencia se gesta, crece y ejerce presión sobre otras esferas de la vida.

Para concluir, quisiera mencionar un tema al que no nos hemos referido pero que, a la luz de lo que está ocurriendo en México en estos días (agosto de 1994), me parece fundamental. Es el de la relación que debe existir, porque así ha sido demostrado por la historia, entre la participación de los trabajadores en la vida social de una nación y la profundidad de la democracia vigente en esa sociedad. Creo que si México logra generar una dinámica democratizadora, que permita llegar a un sistema de toma de decisiones abierto y participativo, eso será producto de una gran cantidad de luchas que han tenido lugar en las fábricas y en las calles de este país en los últimos veinte años. Sin que esté yo imputando una lógica o un sentido a esas luchas, creo que si pensamos en lo que ocurrió en PEMEX, Cinsa Cifunsa, SICARTSA, AHMSA, Cananea, Cervecería Modelo, Volkswagen, para sólo mencionar algunos casos, ellos reflejan las tensiones que el exceso de autoritarismo ha significado para los obreros mexicanos. Si agregáramos a esas luchas, todo lo ocurrido en el campo y en las poblaciones marginales, podríamos alegar con razón de que hay lógicas subyacentes que terminan por tener efectos en la cúspide de la estructura de poder. Este fenómeno, del que hemos sido testigos todos los que hemos analizado la realidad de México en estos últimos veinte años, ha llegado a su culminación abriendo así una nueva etapa en el desarrollo político y social de este país.

Epílogo

En la obra de Francisco Zapata (de la cual la bibliografía consignada al final de este trabajo ofrece sólo una visión sumaria), el lector interesado en los problemas del trabajo y el sindicalismo podrá transitar por una de las rutas de la sociología del trabajo latinoamericana. Aunque el espectro temático de Zapata incluye otros intereses intelectuales y académicos, para los fines de esta nota conviene limitar el comentario a su contribución

en el contexto de la sociología del trabajo en México, que en el momento actual se encuentra en un proceso de maduración y autoafirmación como disciplina.

¿Cuál es la aportación de Francisco Zapata al desarrollo de una sociología del trabajo mexicana? Algunos de los elementos que permiten ubicar el papel de este autor en la evolución de la disciplina se encuentran presentes en la entrevista; sin embargo, un adecuado balance de su contribución debe remitirse a los antecedentes de este campo de investigación y a su situación actual.

Pueden mencionarse al menos tres antecedentes generales de lo que hoy es el campo de la sociología del trabajo en México, si se incluye en este recuento a una vertiente que tuvo su mayor impulso en los años setenta y principios de los ochenta, y que puede ser definida como la corriente del historicismo obrero. En ella, se ubican un conjunto de estudios desarrollados por varios grupos de investigadores y estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas y el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, la Universidad Autónoma Metropolitana y varias universidades estatales. En su mayoría, estos trabajos se centraron en la crónica, el análisis de coyuntura y la descripción de las principales luchas obreras de los años setenta, desde una posición de estrecha empatía con el sindicalismo independiente de esos años. La mayor parte de estos analistas tenían una relación cercana con alguna de las organizaciones del movimiento obrero opositor al sindicalismo oficial, destacadamente con la Coordinadora Sindical Nacional, el intento más serio pero igualmente fallido por aglutinar a las organizaciones independientes y construir un contrapeso al sindicalismo corporativo.

La indudable virtud de esta corriente fue haber generado una buena cantidad de materiales monográficos y reseñas de los conflictos obrero-patronales y las luchas por la autonomía sindical de la época; la mayor parte de estos trabajos permanecieron inéditos o circularon solamente en los medios sindicales. Aunque es importante referirla como antecedente de los estudios actuales, esta corriente dejó escasa huella en la conformación posterior de la disciplina: su presencia se disipó paulatinamente, conforme el sindicalismo independiente de los años setenta era derrotado y desarticulado. Carente de una plataforma teórica o de una propuesta metodológica consistente, su debilidad académica no logró sobreponerse al desvanecimiento del movimiento social que era su ámbito de intervención.

Las otras dos corrientes a mencionar, por el contrario, partieron de propuestas teóricas y metodológicas más ambiciosas y al paso de los años han dejado una importante huella en los estudios del trabajo: el análisis sociodemográfico de los mercados de trabajo y el análisis político del movimiento obrero.

4 Si bien este proceso data de unos quince años, un momento de suma importancia ha sido la realización del Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo/celebrado en la ciudad de México en noviembre de 1993. Organizado a partir de criterios de selección bien definidos en tomo a la orientación disciplinaria y la calidad de los trabajos, el Congreso reunió, entre ponentes y comentaristas, a 167 participantes de 17 países. Por México participaron un total de 59 académicos, pertenecientes a 20 centros de investigación o educación superior localizados en 8 estados de la república, además del Distrito Federal.

5 Enrique de la Garza se ha referido a esta línea de trabajo como "el estilo crónico-cuantitativo en el análisis del movimiento obrero".

En cuanto a la vertiente socio-demográfica, se puede identificar a un grupo de investigadores de diferentes centros e instituciones, entre los cuales destacan Orlandina de Oliveira, Brígida Garda, Humberto Muñoz, Claudio Stern, Teresa Rendón y otros. Durante más de veinte años, este grupo ha desarrollado una corriente de análisis que ha aportado importantes contribuciones al estudio de los mercados de trabajo, en el marco de una discusión de alcance latinoamericano heredada de la problemática planteada por la teoría de la modernización. En efecto, la discusión original remite a las consecuencias de las migraciones internas asociadas al proceso de industrialización en América Latina, y a los efectos de este proceso en la absorción de fuerza de trabajo, en la estructura ocupacional y en la movilidad social. Como es bien conocido, estos problemas han nutrido una importante tradición de las ciencias sociales latinoamericanas, dentro de la cual se ha problematizado la dinámica de los mercados de trabajo en contextos económicos de heterogeneidad estructural de la economía y sobreoferta relativa de fuerza de trabajo.

Quizá la aportación más original de este grupo ha sido la introducción del hogar, su estructura y su dinámica, como una instancia social de mediación entre la oferta y la demanda de trabajo. En numerosos estudios han enfatizado el hecho de que "... los límites y posibilidades de acción de los individuos están dados por la estructura del empleo que se gesta en el nivel macrosocial. No obstante, su impacto sobre los individuos no es mecánico: está mediado por el hecho de que la oferta de mano de obra está constituida por individuos que pertenecen a hogares y que mantienen distintos tipos de relaciones entre ellos." De ahí que "...los hogares constituyen una instancia mediadora, con dinámica y efectos propios, que redefinen las exigencias de mano de obra que impone la demanda en el mercado de trabajo". Estas premisas conceptuales han permitido vincular las dimensiones económica, demográfica y sociológica de los mercados de trabajo, particularmente en aquellas investigaciones que se han orientado a analizar el comportamiento de los sujetos en el mercado de trabajo como parte de estrategias de vida o de sobrevivencia. Al tomar como objeto de análisis a las unidades domésticas y no a los individuos, se hace posible el vínculo analítico entre las actividades de producción, reproducción y consumo. El análisis de la red de relaciones al interior de la unidad doméstica permite a su vez captar las relaciones de esta unidad con el exterior, mostrando el carácter estratégico de la fundón mediadora del hogar respecto de las redes sociales más amplias.

La otra línea de investigación a destacar es aquella que se orientó al análisis político del movimiento obrero. Esta línea tiene su antecedente principal en los trabajos que en los años setenta realizaron varios sociólogos y politólogos de la UNAM (Juan Felipe Leal, Arnaldo Córdova, Javier Aguilar, entre otros) y de El Colegio de México (Manuel Camacho, José Luis Reyna), quienes dedicaron una atención menor a los problemas de la movilidad

6 En este caso se puede hablar con toda propiedad de una "corriente sociológica", y no sólo de una línea de investigación, ya que se trata de un conjunto de autores y estudios que a pesar de su evolución a lo largo del tiempo ha mantenido una continuidad esencial definida por sus hipótesis generales y por la elección de las variables relevantes en el estudio de los fenómenos laborales.

7 Brígida García, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, Hogares y trabajadores en la ciudad de México. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1982, p. 8.

ocupacional y la estratificación social, privilegiando en cambio diversos aspectos de la historia del movimiento obrero y de su encuadramiento político. Sin embargo, la mayor parte de los trabajos en esta línea abordaban los problemas de la relación entre el movimiento obrero y la política desde la perspectiva de la sociología política, con un marcado énfasis en el estudio de las burocracias sindicales y su relación con el Estado.

Como se puede apreciar en el texto de la entrevista, desde antes de su llegada a México el trabajo de Francisco Zapata se enmarcaba directamente en el campo de la relación entre el movimiento obrero y el sistema político, en el caso chileno. Sin embargo, Zapata provenía de una formación sociológica para la cual las expresiones políticas de la clase obrera se encuentran mediadas por su inserción laboral, específicamente por el proceso de trabajo y las relaciones sociales de trabajo; es decir, sus hipótesis centrales provenían de una “sociología del trabajo” propiamente dicha, que hasta ese momento había tenido muy poca presencia en los estudios sobre los trabajadores mexicanos.

Hada mediados de los años setenta y principios de los ochenta, Zapata y otros investigadores desarrollaron una línea de trabajo y un estilo de investigación con el que se intentaba ir más allá de los determinantes estructurales de los comportamientos sociales (enfoque sociodemográfico) y del análisis político de las élites sindicales (enfoque sociopolítico), dando primacía a la perspectiva de la acción obrera. De acuerdo con la tradición sociológica en la que se basa esta perspectiva, el análisis de los fenómenos laborales parte “...de una concepción del trabajo fundada en prácticas específicas que (deben) ser investigadas en contextos concretos, superando así las concepciones trascendentes asociadas al marxismo. El trabajo y quienes lo llevan a cabo, los obreros, son analizados a partir de una imagen de la sociedad industrial en la que burgueses y proletarios compiten por el control de los procesos de producción y a la vez buscan apropiarse de su historicidad...”. A partir de esta visión del trabajo resultan centrales las dimensiones de la conciencia obrera y de la acción sindical como expresiones de ese proceso social complejo en el que se articulan los procesos de producción material con la producción de la sociedad misma, a través de actores sociales que dotan de sentido a sus acciones y sus creaciones.

Los fenómenos laborales derivados de la crisis económica de los ochenta, los procesos de reconversión industrial, las privatizaciones y los reajustes de personal que marcaron profundamente el mundo del trabajo durante toda la década anterior, dieron un fuerte impulso a los estudios sobre el trabajo y los trabajadores. En este marco, la perspectiva de la acción obrera mediada por el proceso de trabajo influyó, directa e indirectamente, en la conformación de una sociología del trabajo en México y en la formación de los grupos de investigación que actualmente constituyen el núcleo central de la sociología del trabajo. Bajo la influencia de esta perspectiva se han desarrollado en los años recientes

8 Francisco Zapata, “Premisas de la sociología accionista”, en *Estudios Sociológicos*, vol. x, núm. 29, mayo-agosto, 1992, p. 477.

9 Simultáneamente a la penetración de esta perspectiva accionista en el medio académico, la divulgación de las hipótesis del sociólogo Harry Braverman sobre la degradación del trabajo y el control gerencial, asociados a las nuevas tecnologías y formas de organización del trabajo, resultaron centrales en la orientación de los estudios sobre el trabajo. El seguimiento de esta influencia merece sin duda un análisis aparte, baste aquí con señalar que estas hipótesis marcaron profundamente el campo de la sociología del trabajo en

numerosos trabajos sobre el sindicalismo mexicano, estudios regionales sobre la clase obrera y sus organizaciones, estudios de empresas y de movilizaciones obreras, huelgas y conflictos laborales.

Actualmente, numerosos estudios empíricos y reflexiones conceptuales, desde diversos enfoques teóricos, enriquecen el panorama de una disciplina que ha mostrado gran vitalidad académica. A la vez, esta proliferación de investigaciones y discusiones en torno a las tareas de la sociología del trabajo han permitido valorar tanto las aportaciones como las debilidades de las perspectivas sociodemográfica y accionista. Una de las debilidades, y no la menor, ha sido el escaso diálogo entre estos dos enfoques que se pueden considerar como los fundadores de la disciplina. Por otra parte, los abundantes materiales acumulados durante los últimos diez años han evidenciado que, si bien la perspectiva accionista había mostrado correctamente que los fenómenos laborales no pueden explicarse sólo por sus determinantes estructurales, tampoco pueden reducirse al marco del trabajo industrial y de los trabajadores organizados.

México y que su mayor difusión puede ubicarse en lo» coloquios sobre “Crisis, nuevas tecnologías y proceso de trabajo” organizados en 1980 y 1981 por Adolfo Gilly.

BREVE BIBLIOGRAFÍA DE FRANCISCO ZAPATA

1970

“La estabilidad política de Chile: algunas hipótesis sobre el papel del movimiento obrero”, tesis de doctorado de Tercer Ciclo, Universidad de París.

1975

Los mineros de Chuquicamata: ¿productores o proletarios? El Colegio de México.

“Action syndicale et comportement politique des mineurs chiliens de Chuquicamala”, en *Sociologie du Travail*, vol. 3, núm. 75.

1976

“Afiliación y organización sindical en México”, en *Tres estudios sobre el movimiento obrero en México*. El Colegio de México, Col. Jomadas, núm. 80.

1978 *Las Truchas: acero y sociedad en México*. El Colegio de México (compilación).

1980

“Mineros y militares en la coyuntura actual de Bolivia, Chile y Perú: 1976-1978”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4.

1983

“Les conflits du travail au Mexique depuis 1934”, en *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 71.

1984

“Conciencia obrera y participación sindical en Las Truchas”, en *Estudios Sociológicos*, vol. II, núm. 4 (con Ilán Bizberg).

1986

“Hacia una sociología del trabajo latinoamericana”, en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 29.

El conflicto sindical en América Latina. México, El Colegio de México.

1988

Trabajadores y sindicatos en América Latina. Secretaría de Educación Pública, Colección Foro 2000.

1990

“Towards a Latin American Sociology of Labor”, en *Journal of Latin American Studies*, núm. 2, mayo.

1991

“Condición de vida y conciencia obrera de las trabajadoras de Volkswagen de México”, en *Textos y pretextos*, El Colegio de México.

1992

“La crisis del control sindical sobre el mercado de trabajo”, en A. Marshall y Gerry Rodgers (comps.), *reestructuración y regulación institucional del mercado de trabajo en América Latina*. Ginebra, Instituto Internacional de Estudios Laborales.

1993

“¿Crisis del sindicalismo en América Latina?”, en *Economía y Trabajo*, año I, núm 2.